

UNA OBRA DE ARTE

Qué deleite. Qué suaves son sus manos al acariciarme, al moldearme. Fue por mí al río de donde me sacó con todo cuidado, procurando no dejar caer nada. Me trajo aquí, a su casa, a su estudio y me colocó sobre esta madera. Con alegría me dio unos golpecitos con sus manos, unos golpes cariñosos. Fue por un líquido que me agregó. Cantando empezó a meter sus dedos en mí, a moverlos de un lado a otro, a darme un masaje relajante. Después fue que me acarició. A sus caricias respondía yo alargándome, adquiriendo la forma que él deseaba. ¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que me formara como ahora soy? Lo ignoro, el placer que me proporcionaba me aislaba del mundo, me llevaba a otros cielos, a otras galaxias. Y él seguía sobe y sobe. Sus manos, que me imagino, se le secaban también de la emoción y del placer, las mojaba para continuar dándome forma. Qué bella voy quedando, me dije al verme reflejada en un espejo de su cuarto. Redonda en la base para irme adelgazando poco a poco hacia arriba igual que una mujer embarazada. No sé que me gusta más de mí, si esta base amplia, maternal o el cuello redondo, realzado. Creo que las dos cosas juntas como están en la realidad. Y eso que no he comentado sobre el color que me dio, un color rojizo, cálido, destinado a proporcionar placer. Es bellissimo. Me dejó secar muchos días, procurando que no me diera el sol de lleno. Cuánta gentileza de su parte. Después me metió al horno, con un fuego que calentara, que me hiciera sudar. Pareciera que me metió a un sauna. Qué ricura. Ahora ya estoy lista. Bueno, no completamente porque me falta definir mi futuro. Lo pienso grandioso. Y sí, va a ser grandioso. Hoy él volvió. Me cambió de sitio, se sentó frente a mí y suspirando profundamente dijo: serás la más bella de todas. Yo pensaba que ya lo era. ¿Qué más irá a

hacer de mí ahora si ya soy perfecta? Ni las jarras griegas, egipcias o mayas se me pueden comparar. Soy la olla que puede servir de ejemplo a generaciones y generaciones. No tengo una sola falla.

Dicen que un artista nunca termina por ver perfecta su obra, así debe pensar él puesto que ahora se dedica a adornarme, a llenarme de colores, de texturas, de brillos. Y sí, como siempre los artistas tienen razón. Si antes me consideraba perfecta ahora soy la más bella de todas las ollas del mundo. De seguro mañana me llevará a una sala de exposiciones para que todo el mundo me admire.

¿No les dije? Con todo cuidado me lleva en su automóvil al lugar donde será la admiración de todos y la envidia de más de una. Eso siempre pasa, la envidia va junto a la admiración. Es curioso, pensé que iba a estar en un museo y no aquí, al aire libre, en este parque. Pero qué tonta soy, repito que los artistas tienen la razón. Si me pone en un museo me verán algunas gentes, pero pocas, nada comparado a las que me pueden admirar aquí, al aire libre.

Ya vienen. Pondré mi mejor cara para recibirlos. Son muchos y todos ríen de la emoción. Indiscutiblemente soy una obra de arte.

La gente, que sí era mucha, se acercó admirando el trabajo hasta que los niños empezaron a cantar: Dale, dale, dale, no pierdas el tino, porque si lo pierdes...

Tomás Urtusástegui

Octubre 2005